

ligión cristiana; pero esta mision, que después llegó á ser una de las mejores de la California, no se pudo plantar sino hasta el año de 1728.

§ II.

EL PADRE SALVATIERRA INTENTA EN VANO LA PACIFICACION DE LOS GUAICURAS, Y PROSIGUE TRABAJANDO AUNQUE ENFERMO.

El padre Salvatierra emprendió por su parte el año de 1716 la pacificación de los guaicurás, los cuales tanto por las hostilidades que treinta años antes había hecho contra ellos el almirante Otónido, cuanto por las frecuentes vejaciones que experimentaban de los pescadores de perla que llegaban á sus puertos, estaban muy mal dispuestos contra los cristianos. Habiéndose embarcado en Loreto se dirigió al puerto de la Paz acompañado del capitán de algunos soldados y varios indios del mismo Loreto. Llevó tambien consigo tres guaicurás que le vendieron unos pescadores de perla, y él compró y trató muy bien para que entregándolos después á sus padres, fuesen testigos de la beneficencia y dulzura de los misioneros para con los indios. Al llegar á la Paz hallaron algunos guaicurás con sus familias; pero éstos huyeron luego que vieron á los españoles. Los indios de Loreto los siguieron inconsidradamente, sin que bastasen á contenerlos los gritos del padre y del capitán. Los guaicurás continuaron su fuga; pero sus mujeres como nosotros veloces en la carrera, viéndose alcanzadas, hicieron cara y comenzaron á defenderse á pedradas. Los cristianos, añadiendo á la imprudencia la crueldad, las maltrataron, y acaso las habrían matado si no hubieran llegado á defenderlas el capitán y algunos soldados españoles. El capitán reprendió severamente á aquellos neófitos unos procederes propios de su antigua barbarie y contrarios á las instrucciones de sus misioneros, y procuró tranquilizar y acariciar á las guaicurás ofendidas; mas ellas les volvieron desdeñosamente las espaldas para irse con sus maridos. El padre Salvatierra se disgustó mucho, y considerando cuán vana sería cualquiera diligencia en aquellas circunstancias para hacer volver á los fugitivos, se contentó con enviarles los tres guaicurás que había llevado consigo, después de haberlos acariciado y encargado que dijese á sus paisanos que ni él ni los españoles eran culpables de lo acaecido, pues venían á solicitar su amistad. De allí se volvió desconsolado á Loreto.

A mas de sus trabajos y de los graves disgustos que tuvo, especialmente en estos últimos años, se hallaba enfermo de piedra en la orina. Mas á pesar de esto proseguía trabajando como si estuviera sano, y aun cuando la gravedad de la enfermedad no le permitía levantarse de la cama, no por eso dejaba de cuidar de todo.

§ III.

LLEGADA DEL PADRE TAMARAL Á LA CALIFORNIA. SALIDA PARA MÉJICO DEL PADRE SALVATIERRA. SU MUERTE.

En marzo de este año de 1717 llegó á Loreto el padre Nicolás Tamaral, destinado á la proyectada mision de *Cadegomó*, ó sea de la Purísima Concepcion. Llevó al padre Salvatierra una carta del padre provincial en la cual le decia que habiendo llegado á Méjico el nuevo virey marqués de Valero, encargado de algunas órdenes de la corona relativas á la California, y deseoso de ejecutarlas y de favorecer aquellas misiones, queria su excelencia conferenciar antes largamente con él y pedirle algunos informes, y que por tanto convenia que viniese á Méjico cuanto antes. El padre Salvatierra, á pesar de su vejez y de sus graves enfermedades, salió de Loreto acompañado del hermano Bravo el 31 del mismo mes, dejando al padre Ugarte la superintendencia del presidio y de las misiones. A los nueve dias de navegacion llegó á Matanchel, y de allí pasó á caballo á Tepic. Esta caminata le agravó de tal modo los dolores de la piedra, que no pudiendo continuar el viaje de otra suerte, fué llevado en camilla por algunos indios hasta la ciudad de Guadalajara. Allí aumentándose sus males, tuvo que tolerar por mas de dos meses un acerbo martirio en vez del que siempre había deseado sufrir por la fe de Jesucristo; y conociendo que iba á terminar su vida mortal, encomendó al hermano Bravo los negocios que debian tratarse en Méjico, le dió las instrucciones necesarias y le ordenó que escribiese á los misioneros de la California diciéndoles: que él, ayudado de los párvulos californios que estaban en el cielo, esperaba alcanzar de la clemencia de la santísima Virgen que protegiese poderosamente aquel naciente cristianismo; que pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y que no dudaba que se dejarían primero quitar la vida que abandonar aquellos sus hijos en Cristo. Sobre todo, suplicó al hermano y por su medio á todos los de la California que le perdonasen el mal ejemplo y todos los disgustos que les hubiera dado. El hermano lloraba amargamente, así como algunos californios que habían venido en aquel viaje, cuyas extraordinarias demostraciones de dolor eran tales, que movian á compasion á los que las veian ó las sabian. Luego que se supo en la ciudad el riesgo en que se hallaba un hombre venerado por todos como santo, se hicieron en muchas iglesias rogativas públicas por su salud; pero el Señor queria dar por fin á su siervo fiel el descanso de tantos trabajos y el premio de tan relevantes servicios, y así habiendo recibido los santos sacramentos y preparándose con los mas fervorosos actos de todas las virtudes cristianas, exhaló tranquilamente el espíritu el sábado 17 de julio de 1717 á los seten-

ta años de edad. Asistieron á su entierro el presidente y oidores, el clero secular y regular, toda la nobleza y un inmenso concurso de pueblo publicando todos á porfia su santidad. Fué sepultado en la capilla de la Virgen de Loreto que él había edificado en la iglesia de los jesuitas, y sus huesos fueron después colocados en una caja separada, cerca del altar de la Virgen, cuya devocion había promovido en todo el reino, en donde dura hasta hoy su memoria.

§ IV.

PRETENSIONES DEL HERMANO BRAVO ANTE EL GOBIERNO. ACUERDO. ÓRDENES. TEMPESTAD EN LA PENÍNSULA.

El hermano Bravo pasó inmediatamente á Méjico, en donde halló al virey muy bien dispuesto en favor de la California. El rey en 29 de enero de 1716 había expedido una nueva orden para que se agitase con toda la diligencia posible la ejecucion de las anteriores dadas en 1708 concernientes á la California, para que se tuviese un cuidado particular con la colonia, se diese cuenta á la corte de su estado actual, y no se alterase entre tanto la forma de gobierno establecido allí por los padres de la Compañía. El hermano, después de largas conferencias privadas con el virey, le presentó de órden de S. E. dos memoriales, en uno de los cuales le informaba del país, puertos, habitantes, presidio y misiones de la California, y en el otro exponia los medios que creia mas á propósito para hacer mas prontos y estables los progresos de la colonia. Proponia con arreglo á las instrucciones del padre Salvatierra, que se fundase un buen seminario para la educacion de los niños; que se pagasen por cuenta del erario un oficial y cincuenta hombres, formando con ellos, segun las órdenes del rey, un nuevo presidio en el puerto de la Paz ó en el cabo de San Lúcas á donde pudiesen acogerse sin riesgo y tomar refrescos las naves de Filipinas, segun las intenciones de la corte; que se proveyese de un nuevo bastimento la colonia, que ya no tenia mas que el pequeño llamado San Javier; que se premiasen los servicios del capitán don Estévan Rodriguez Lorenzo, y que se concediese al santuario de la Virgen de Loreto la propiedad de la salina de la isla del Carmen, de la cual ni el rey ni los particulares sacaban utilidad.

El virey celebró en 25 de setiembre una junta compuesta de dos oidores, el fiscal, cuatro ministros, el provincial de la Compañía, el padre Alejandro Romano y el hermano Bravo procuradores de la California. Aunque en aquella junta no se acordó todo lo que se pedia, si se hubieran ejecutado las resoluciones que se tomaron habrían sido muy ventajosas á la California; pero el fiscal, considerando que los grandes gastos

que debian hacerse por cuenta del real erario para ejecutar lo que se había deliberado, acaso no serian aprobados en la corte, y que él sería responsable puesto que le tocaba defender los intereses de la corona, manifestó al virey sus temores y le suplicó que suspendiese la publicacion del decreto. El virey tambien quedó perplejo entre el deseo de cumplir las órdenes del rey y el temor de desagradar á la corte; pero el piadoso y magnánimo rey Felipe estaba muy lejos de desaprobado aquellas primeras resoluciones, pues movido de las espontaneas representaciones y súplicas que en favor de la California le había hecho el obispo de la Nueva Vizcaya, á cuya diócesis se creia entonces perteneciente la península, expidió en 29 de enero de 1719 nuevas y estrechas órdenes al virey, encargándole con las expresiones mas eficaces la ejecucion de sus conocidas disposiciones con respecto á la colonia y misiones de la California.

El virey al fin, á pesar de sus temores, mandó que del real erario se diesen anualmente al procurador de la California 18.276 pesos para los gastos de oficiales, soldados y marineros de la colonia; que se pagasen sus deudas, que montaban á 3.022 pesos, y que se comprase en cuatro mil, tambien á costa del real erario, un bastimento peruano. Todo se ejecutó; pero el bastimento tuvo la misma desgracia que tantos otros, pues á causa de estar mal carenado, se perdió el año siguiente en el puerto de Matanchel.

En el otoño del mismo año de 1717, mientras en Méjico se deliberaba sobre los negocios de la California, sufrió esta península graves daños causados por un terrible huracan de tres dias continuos, acompañado de fuertes aguaceros, tan raros en aquel país. Todas las casas é iglesias fabricadas de adobes fueron destruidas, los diques se rompieron, y los campos quedaron despojados en parte de la tierra labrantía y cubiertos de piedras. El padre Ugarte hubiera perecido en la inundacion de su mision de San Javier si no se hubiera subido á una peña, en donde estuvo veinticuatro horas á campo raso, expuesto á la lluvia; pero lo que da á conocer mejor la violencia de aquel viento, es el haberse llevado en Loreto á un muchacho llamado Mateo, que jamás volvió á parecer ni vivo ni muerto, á pesar de haber sido buscado. Dos bastimentos de pescadores de perlas que estaban en la costa de la península se perdieron con cuatro hombres que se ahogaron, salvándose los restantes en dos bastimentos mayores que estaban bien anclados y en lugar seguro. Estos naufragos, habiendo llegado á Loreto después de la borrasca, fueron bien acogidos y caritativamente tratados por el padre Ugarte. En los setenta años que los jesuitas permanecieron en aquella península, hubo otros muchos huracanes muy fuertes, pero ninguno comparable con este.

§ V.

EL PADRE SISTIAGA MISIONERO. EL PADRE TAMARAL DESTINADO A LA MISION DE LA CONCEPCION.

El hermano Bravo, después de haber dado las gracias al virey y á todos los señores de la junta y comprado todo lo que necesitaba la colonia, se volvió á la California llevando al padre Sebastian de Sistiaga destinado á aquellas misiones. El destino de este jesuíta parece una prueba de las luces sobrenaturales del padre Salvatierra. Era el padre Sistiaga catedrático de bellas letras en Méjico, cuando movido por el Señor, hizo presentes á sus superiores los deseos que tenia de ser empleado en la conversion de los californios. El provincial al principio no consintió en ello, ni el padre Salvatierra pudo tener de esto conocimiento humano hallándose moribundo en Guadalajara, ciudad distante de Méjico mas de cien leguas. Sin embargo, antes de morir encargó al hermano Bravo que luego que llegase á Méjico dijese al padre Sistiaga que continuase humildemente sus instancias respecto á la California. El padre Sistiaga quedó admirado de esto, y se persuadió que Dios le destinaba á aquellas misiones, en las cuales trabajó con mucho fruto cerca de treinta años.

El padre Ugarte tenia entonces la superintendencia de la colonia y de las misiones, y era al mismo tiempo misionero de San Javier Viggé, el padre Mayorga de Comondú, el padre Guillen de Liguig, y el padre Pícolo, encargado de las misiones de Loreto y Londó, tuvo por sucesor al padre Sistiaga en la de Mulegé. El padre Tamaral, hombre de grande espíritu, que debia fecundar aquel campo evangélico no menos con sus sudores que con su sangre, fué destinado á la proyectada mision de la Purísima Concepcion.

Antes de plantarla se radicó por algun tiempo en San Miguel, lugar perteneciente á la mision de San Javier, en el cual tuvo el consuelo de recibir dos tribus que llegaron á pedir el bautismo. Estas fueron sostenidas por él, segun la costumbre de aquellos misioneros, todo el tiempo que duró su instruccion, y después fueron bautizadas. Alentado con tan felices principios, emprendió abrir, como lo hizo con mucho trabajo, primero el camino de San Miguel á Cadegomó, después el de Cadegomó al lugar de la Purísima Concepcion, y últimamente el de la Concepcion á Mulegé. En Cadegomó permaneció mas tiempo con el fin de catequizar y bautizar tanto á aquellos bárbaros como á los de *Codemino* y de la montaña de *Vajademin*. En la *Purísima* (asi se llamaba vulgarmente el lugar de aquella nueva mision) halló la tierra descortezada, digámoslo así, por el furioso temporal de 1717; pero con el trabajo y la industria consiguió hacer labrantios algunos trechos de aquel campo, los cuales

le producian el maíz suficiente para alimentar á sus neófitos. Gobernó algunos años esta mision, cuyo distrito era de treinta leguas de terreno por la mayor parte fragoso y quebrado, y estaba poblado de cuarenta tribus de indios de la nacion cochimí, de las cuales instruyó y redujo á vida civil y cristiana treinta y tres y bautizó casi dos mil personas. Los guamas gentiles se conjuraron muchas veces contra su vida; pero Dios reservó este sacrificio para distinto tiempo y lugar, como después veremos.

§ VI.

PROYECTOS DEL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, animado siempre de pensamientos hérvicos y propios de su magnanimidad, resolvió en este tiempo la ejecucion de dos grandes empresas. Deseaba en primer lugar reconocer toda la costa al rededor del golfo de la California, para que avanzando hácia el Norte por una parte las misiones de Sonora y por otra las de la península, llegasen al fin á unirse de tal modo que no quedara entre ellas ningun espacio que no estuviera sometido al Evangelio. A pesar de los descubrimientos de los padres Kinó y Salvatierra, habia muchas personas que dudaban si la California seria una verdadera península ó si entre Loreto y la embocadura del rio Colorado habria un gran canal por el cual se comunicase el golfo con el mar Pacífico, pues algunos navegantes antiguos se lisonjaban de haber dado una vuelta entera por mar á toda la California. Quería tambien el padre Ugarte reconocer la costa occidental de la península en busca del puerto tan deseado por el rey y de nuevo encargado por el virey para los navíos de las islas Filipinas.

Mas para ejecutar estos proyectos se necesitaba un buque grande, fuerte y seguro, cual no se encontraba en aquellos mares, ni tampoco podia mandarse construir en los puertos de la Nueva Galicia ó de Sinaloa sin exponerse á los engaños de aquellos arteros bellacos. Determinó, pues, el padre fabricarle en la misma California, donde se carecia de madera, de hierro, de jarcia, de pez, de todos los otros materiales é instrumentos necesarios, de maestro que dirigiese la construccion y de oficiales que la ejecutasen; pero todas las dificultades fueron vencidas por su heroica magnanimidad y su maravillosa industria. Llevó de la Nueva España un maestro y algunos oficiales, y aun quiso tambien llevar la madera; pero habiendo sabido por sus neófitos que á mas de setenta leguas de Loreto hácia el N. O. habia árboles muy gruesos, se dirigió á aquel lugar escoltado por los indios y acompañado del maestro. En efecto, se halló allí gran cantidad de guaribos gruesos, pero en barrancas tan profundas que al maestro le pareció imposible que la

madera se llevase hasta el puerto de Mulegé, distante treinta leguas. *Eso me toca á mí*, dijo entonces el padre Ugarte, de cuya empresa se reian casi todos, á pesar de que hacian tanto aprecio de su intrepidez y habilidad.

Después de haber dado en Loreto las órdenes convenientes, se trasladó á las barrancas, en las cuales permaneció cuatro meses dirigiendo la corta de los árboles, la cual hizo ayudado en lo mas por sus neófitos y por las vecinas tribus de gentiles, que al mismo tiempo fueron domesticadas, catequizadas y dispuestas por él al cristianismo, que de allí á poco se plantó en aquel lugar con una nueva mision. Después, habiendo hecho abrir y allanar cuanto se pudo un largo camino hasta el puerto de Mulegé, hizo acarrear la madera con bueyes y mulas, valiéndose de los mismos gentiles para que condujesen aquellos animales. En Mulegé dió con su autoridad y sus modales tal calor á la obra, que en 14 de setiembre de 1719 fué botada al agua una balandra que se llamó *el Triunfo de la cruz* y que en opinion de todos los inteligentes era el buque mas bello, mas fuerte y mas bien hecho de cuantos hasta entonces se habian visto en el golfo de la California.

§ VII.

EL HERMANO BRAVO RECIBE LOS SAGRADOS ORDENES Y ES HECHO MISIONERO.—EL ALFEREZ DEL PRESIDIO ENTRA DE JESUÍTA.

Mientras se trabajaba en las obras muertas y aprestos de la balandra, adquirió la California un nuevo bastimento, un nuevo procurador y un nuevo misionero. Este último fué el hermano Bravo, que habiendo ido por este tiempo á Sinaloa á buscar víveres, se halló allí con una carta del provincial, en la que le mandaba pasar á Guadalajara á recibir de aquel obispo los órdenes sagrados, pues el padre general informado por los superiores de Méjico, queria que emplease de misionero su celo por la conversion de los californios. El buen hermano, aunque lleno de confusion, obedeció prontamente, y de Guadalajara pasó á Méjico llamado por el mismo provincial. Allí obtuvo del virey un nuevo bastimento, pues el que se habia comprado dos años antes se habia perdido en el puerto de Matanchel. A mas de esta gracia del virey, obtuvo otra del piadoso marqués de Villapiente, el cual deseando la conversion de los guaicuras, consignó el capital para la fundacion de una nueva mision en el puerto de la Paz, y quiso que el mismo padre Bravo fuese su fundador. Este se encargó de buena gana de aquella ardua y peligrosa empresa, y habiendo comprado todo lo que entonces necesitaba para la colonia, se embarcó en Acapulco en el nuevo bastimento dado por el virey y se trasladó á Loreto.

Habiéndose aumentado considerablemente el número de soldados, marineros, neófitos y catecúmenos, se necesitaban mas viveres y un procurador que cuidase de adquirirlos y distribuirlos. No pudiendo el padre Bravo, destinado á las funciones apostólicas, ocuparse en aquellos negocios temporales, Dios proveyó de un modo particular. Don Juan Bautista Mugazabal, alferez del presidio, era un hombre de tales costumbres y de tanta habilidad, que desde que entró en la California cada uno de los misioneros le queria por compañero. El padre Pícolo, que le tuvo á su lado muchos años, aseguraba que á él se le debian en gran parte los progresos del cristianismo en Mulegé. Movido Mugazabal de los ejemplos de virtud que continuamente observaba en aquel buen religioso, deseó ardientemente hacerse jesuíta, y lo consiguió sin dificultad; mas como los superiores consideraron por una parte la gran distancia de Tepozotlan, en donde estaba el noviciado comun de los jesuitas de la Nueva España, y por otra la necesidad de la California, le dispensaron de la ley ordinaria, concediéndole que en la misma península hiciese sus dos años de noviciado bajo la direccion del padre Ugarte. En tan buena escuela se hizo un religioso ejemplar y un diligente y fiel ecónomo, como lo manifestó en los cuarenta y un años que sirvió este empleo con mucho fruto y edificacion.

§ VIII.

MISION DE LA PAZ, SU MISIONERO EL PADRE BRAVO.

En este año de 1720 se plantaron en la California dos misiones. La primera en el puerto de la Paz, intentada antes infructuosamente por el padre Salvatierra y ahora dotada por el marqués de Villapiente. El padre Salvatierra cuando vió que no surtian sus tentativas, dijo: *Esta empresa la tiene reservada el Señor para el apóstol*, esto es, para el padre Ugarte, á quien solia dar este título. Efectivamente, este grande hombre fué el que con el padre Bravo plantó aquella peligrosa mision. Para ejecutarlo mandó al padre Guillen que desde Liguig se fuese por tierra hasta la Paz, á fin de que hiciese abrir el camino que comunicase la nueva mision con Loreto, y él se fué por mar en su nueva balandra con el padre Bravo y algunos soldados y neófitos del mismo Loreto. Habiendo llegado á la Paz desembarcaron con mucho orden como en tierra de enemigos, y aunque á lo lejos se presentaron armados algunos guaicuras, luego que vieron que se dirigian á ellos los dos misioneros acompañados de un solo indio que iba á servir de intérprete, se sentaron tranquilamente para significar su confianza. Esta nacia de los buenos informes que les habian dado los tres prisioneros que el padre Salvatierra habia despachado á su país bien regalados, como se ha

dicho arriba. Los dos misioneros procuraron conciliarse la benevolencia de los salvajes con caricias y dones, regalándoles alguna ropa de lana, algunos cuchillos y otras cosas apreciadas por ellos, y asegurándoles que venían á solicitar su amistad y á que hiciesen las paces con los bárbaros habitantes de las islas de San José y del Espíritu Santo y con otros sus perseguidores y destructores. Los guaicura manifestaron por esto mucho gusto, y aunque los primeros dias no se atrevían á acercarse á los soldados, después, deponiendo poco á poco el temor, vinieron en tropas aun de países muy remotos. Se fabricaron cabañas de ramas techadas con heno para que se guareciese la gente, se allanó y limpió el terreno donde se habia de edificar la iglesia y las casas, se sacaron de la balandra las provisiones y animales y se comenzó á formar la nueva mision con gusto de los guaicura.

Sin embargo de que Liguig no dista de la Paz mas de setenta leguas, no pudo llegar el padre Guillen con su comitiva sino después de un viaje de veintiseis dias, muy penosos por las vueltas que tuvo que dar para evitar las barrancas y por otras dificultades que tuvo que vencer en el camino. Tres meses se mantuvo el padre Ugarte en la Paz, en los cuales, mediante aquella gracia particular que tenia para hacerse respetar y amar de los salvajes, se concilió los ánimos de los guaicura de tal modo, que repetidas veces le rogaron que dejase para siempre con ellos un misionero que los doctrinase y gobernase. Se atrajo tambien á los salvajes habitantes de las islas vecinas y los inclinó á hacer las paces con los guaicura sus antiguos enemigos. Estos le suplicaron que los librase de las hostilidades de los pescadores de perla y les aseguró que bajo la proteccion del padre Bravo y de los soldados que les dejaba, no sufrirían en adelante semejantes males.

Volviéndose el padre Ugarte á Loreto á fines de enero de 1721 y el padre Guillen á Liguig, se quedó el padre Bravo en el puerto de la Paz, solo con algunos soldados. Desde luego se dedicó á aprender de los mismos bárbaros la lengua del país, y en seguida á fabricar la iglesia y casas, á cultivar la tierra, á traer de los bosques á los salvajes dispersos, civilizarlos, doctrinalos, acostumbrarlos á la vida laboriosa y á la práctica del cristianismo formando con ellos poblaciones. Todo esto lo hizo con mucho celo el nuevo misionero hasta el año de 1728 en que fué llamado á Loreto por sus superiores, para que ayudase al padre Piccolo, ya mas viejo y enfermo. En aquellos ocho años bautizó entre párbulos y adultos mas de seiscientos, dejó ochocientos catecúmenos y muchos gentiles aficionados al Evangelio, y formó tres poblaciones llamadas *La Virgen de Pilar*, *Todos Santos* y el *Angel Custodio*. De este modo hizo útiles para aquellos bárbaros su talento y su vocacion al sacerdocio.

§ IX.

MISION DE GUASINAPI, Ó SEA DE GUADALUPE, SU MISIONERO EL PADRE HELEN.

Mientras el padre Ugarte se ocupaba en fundar la mision de la Paz, se formó otra en Guasinapi, lugar frio y malsano de las montañas, distante de Loreto sesenta leguas hácia el Noroeste. Desde que el padre Ugarte estuvo allí dirigiendo la corta de la madera para la balandra, aficionó de tal suerte á la religion cristiana á aquellos montañeses de la nacion cochimi, que desde entonces mandaban con frecuencia á suplicarle que volviese á sus montañas. El, después de haberles hecho otra visita para asegurarse de su sinceridad, dispuso al embarcarse para la Paz que fuese á plantar la nueva mision en Guasinapi el padre Everardo Helen, jesuita aleman, llegado á la California en abril de 1719, el cual en pocos meses habia adquirido algun conocimiento de aquella lengua. Este, acompañado del capitán y de algunos soldados del presidio, marchó en fines del año de 1720 para Guasinapi, en donde las tribus que vagaban por los montes vecinos se reunieron muy contentas de tener un misionero.

Al punto se puso mano á la obra de la iglesia y de las casas, trabajando en ello los salvajes á la par con los soldados, como si desde chicos hubieran estado acostumbrados al trabajo. Después comenzó el padre Helen á instruirlos en la doctrina cristiana, y era tal el empeño que tenian en aprenderla, que el padre no podia en todo el dia libertarse de su piadosa importunidad para atender á otras ocupaciones. Repetían sin cesar lo que habian aprendido, y todos los dias antes del alba se levantaban á entonar las oraciones, cuyo concierto, tan grato á Dios y a los angeles, hacia llorar de ternura al misionero. A poco tiempo se vió este precisado á andar continuamente por los montes, llamado por las tribus mas remotas á instruir á los viejos y enfermos, á quienes podia ser nociva la dilacion, y á bautizar á los párvulos.

Terminadas que fueron las fábricas, se volvió el capitán con sus soldados á Loreto, dejando cuatro que juzgó necesarios para la seguridad del misionero en un país tan distante del presidio y aun no sometido al Evangelio. El padre Helen, continuando sus tareas apóstolicas, celebró el sábado de Gloria de 1721 el primer bautismo de veinte adultos con todo el aparato y solemnidad posibles, y el segundo con igual solemnidad en la vigilia de Pentecostés.

Estos ejemplos avivaron en otras tribus remotas el deseo del bautismo; pero el padre les protestó que no las creeria capaces de tan excelente gracia si no le traian las tablitas, las capas de cabellos, las pesuñas de ciervo y otras cosas semejantes que les servian en sus supersticiones.

Hubo dificultad en obtener esta condicion, porque estas cosas, como materia de la supersticion, eran instrumentos de las imposturas que sus charlatanes usaban para procurarse el sustento. El mismo misionero en quince años de continua práctica y observacion de aquellos indios, no pudo hallar entre ellos ningun vestigio de idolatria, brujería ó pacto con el demonio. Conoció por la experiencia que los que pasaban por brujos no eran sino verdaderos charlatanes é impostores; pero como los engaños de estos eran el mayor obstáculo á la propagacion de la fe; á ejemplo de otros misioneros, exigia á los que pedían el bautismo que le llevasen todas aquellas cosas de que usaban los guamas para mantenerlos en el ciego gentilismo. Al fin consiguió que le llevasen muchísimas, y las quemó todas en una grande hoguera en un dia destinado á esta funcion, á la cual convocó á todos los indios, quienes manifestaron el desprecio que ya hacian de aquellas cosas con las pedradas que les tiraron hombres y mujeres, niños y viejos.

El celo del padre Helen se explicó mucho mas en los años de 1722 y 23, que fueron tan infaustos á la península por las calamidades que le sobrevinieron, cuanto habian sido felices los dos anteriores por la fundacion y prósperos principios de dos nuevas misiones. El año de 1722 se vió afligida la California con la terrible plaga de la langosta, que destruyó casi todas las frutas silvestres con que se mantenian los indios, y si no hubiera sido por el maíz que se les daba en las misiones, muchos hubieran perecido de hambre. Pero como el maíz no era tanto que alcanzara para todos, se dedicaron á matar las langostas no solo para destruirlas, sino para comérselas. Esta comida y otras igualmente nocivas, les causaron una enfermedad de úlceras malignas que privó de la vida á muchos. El padre Helen impelido por su fervorosa caridad, andaba sin cesar por aquellos escabrosos montes, llevando á los enfermos auxilios espirituales y temporales, y haciendo con ellos las veces de padre, de médico, de enfermero, de confesor y de consolador. Apenas se habia mitigado esta enfermedad, cuando sobrevino otra de disenteria, en la cual trabajó tanto el misionero, que contrajo una hernia peligrosa, y una inflamacion de ojos tan molesta y fuerte, que se vió precisado á retirarse á Loreto para curarse, volviendo después á su mision, aunque no estaba del todo sano. Los neófitos viendo que por ellos habia sacrificado su reposo y su salud, le recibieron como un ángel venido del cielo, y él sirvió en todas las cosas del alma y del cuerpo á doscientos veintiocho cristianos adultos que perecieron en aquella peste, á un número mayor que se salvaron, y á muchos niños que bautizados por él volaron al cielo. Lo mismo sucedió en las otras misiones, aunque no tanto como en la de Guadalupe ó Huasinapi.

Prevalióse el padre Helen del amor que los in-

dios le tenían, para los progresos del cristianismo, los cuales fueron tan rápidos que en el año de 1726 habia treinta y dos tribus convertidas, en las que á mas de los catecúmenos se contaban mil setecientos siete cristianos. De estas tribus algunas fueron agregadas á la mision de Mulegé, y otras á la de San Ignacio, que se fundó después de poco tiempo, por estar menos distantes de aquellos lugares. A la mision de Guadalupe le quedaron veinte, esparcidas por aquellos lugares de las montañas en que habia agua potable; pero al fin fueron congregadas por el padre Helen en cinco pueblos, fabricando en cada uno, además de las casas, una capilla para los ejercicios de la religion. En toda esta mision no se pudo hallar ninguna tierra labrantía, y así los indios se mantenían con el maíz que se le enviaba de otras misiones, con las frutas y raíces que ellos buscaban en los montes, y con las carnes de los animales que allí se criaban. Los neófitos de aquella mision llegaron á ser de los mas instruidos, morigerados y devotos, lo que principalmente se debió, después de Dios, al celo del padre Helen, que se dedicó á la conversion de aquellos bárbaros con tanto empeño, que cuando por necesidad se separó de la mision no dejó un solo gentil en todo su vasto territorio. Al fin, después de quince años de tan gloriosas fatigas, se le agravaron tanto sus enfermedades, que aunque queria morir entre sus caros neófitos, sus superiores le obligaron el año de 1735 á trasladarse á la Nueva-España, en donde después de una vida inocentísima y llena de afanes, murió en Tepozotlan el año de 1757.

§ X.

ÓRDENES DEL VIREY EJECUTADAS POR LOS MISIONEROS.

Entre tanto los misioneros se empeñaban en ejecutar las nuevas y estrechas órdenes que el virey habia dado para que se buscara un buen puerto en la costa occidental de la península. Mas como esto no podia hacerse por mar sin navios grandes y muchos gastos, resolvieron hacerlo por tierra, como ya otras muchas veces lo habian hecho sin fruto los padres Salvatierra, Ugarte y Piccolo. Con este fin, por orden del padre Ugarte marchó en 1719 el padre Guillen con el capitán, algunos soldados y tres compañías de californios armados á su modo. Y como por la relacion de los viajes de Sebastian Vizcaino se sabia que entre los grados 24 y 25 se hallaba situado el puerto de la Magdalena, grande, cómodo y seguro, se dirigieron á él, y no pudieron llegar sino después de un viaje penosísimo de veinticinco dias. Vieron que en efecto el puerto era bastante grande y estaba por todas partes rodeado de montañas que le ponian á cubierto de los vientos; pero no hallaron en ningun lugar de los alrededores ni agua potable, ni pastos, ni leña, ni terreno capaz

de cultivo, de modo que ni los navíos que allí llegasen podrian proveerse de lo necesario, ni podia establecerse la proyectada colonia. El padre Guillen queria continuar sus investigaciones por la costa; pero habiéndose opuesto á ello el capitán y los soldados, regresaron todos á Loreto en quince dias por otro camino mas corto.

El padre Tamara, que al despedirse en Méjico del virey, habia sido particularmente encargado por su excelencia de hacer las mismas investigaciones, fué varias veces en aquel tiempo á la costa y recorrió un gran trecho de ella hácia el Norte, y casi toda hácia el Sur, hasta el cabo de San Lúcas, sin poder hallar un puerto á propósito para la tan deseada colonia.

Finalmente, en 19 de noviembre de 1721 salieron de la mision de Guadalupe los padres Sestiaga y Helen con el capitán y algunos soldados del presidio, é internándose hasta los 28°, reconocieron con exactitud un gran trecho de la costa. En este viaje, aunque por otra parte desgraciado, tuvieron el consuelo de hallar tres puertos cómodos y provistos de agua y de leña. Y aunque el terreno de toda la costa les pareció estéril y absolutamente incapaz de cultivo, juzgaron que hallándose el mas grande, seguro y abundante de agua potable entre los tres puertos, poco distante del pueblo de San Miguel, perteneciente á la mision de San Javier, podrian los navíos recibir de allí los refrescos necesarios.

§ XI.

EMPRESA DEL PADRE UGARTE Y CONOCIMIENTOS ADQUIRIDOS EN ELLA.

En el mismo año de 1721 y antes que el padre Sestiaga hiciese el viaje á la costa occidental de la California, puso en práctica el padre Ugarte el atrevido proyecto de navegar todo el golfo para poner en claro la duda de la union de la California con el continente de la Nueva España. Aunque era corto el espacio de mar que debia navegarse; pero las frecuentes borrascas, la violencia de la marea en la costa, la multitud de islas y bajíos, la estrechez de los canales, el ímpetu y la contrariedad de las corrientes, la falta de puertos en que resguardarse y tomar refrescos, el aire malsano de la parte setentrional del golfo, y la calidad cáustica de las aguas, hacian aquel viaje mucho mas molesto y peligroso que si fuera por el Océano.

Aprestada pues la balandra *El triunfo de la cruz* y el esquife *Santa Bárbara*, que se habia fabricado con ella, salió de Loreto el padre Ugarte el 15 de mayo. En la balandra iban con trece californios seis europeos muy inteligentes en la navegacion, y principalmente el piloto Guillermo Strafort; en el esquife iban ocho indios, á saber: dos filipinos, un yaqui y cinco californios. Navegaron hácia el Norte hasta los 28° y de allí atravesaron el golfo en cinco dias para abordar

al puerto de Santa Sabina en Sonora, con el intento de continuar el viaje hasta la embocadura del rio Colorado, después de proveerse de agua y víveres. En este puerto comenzaron las desgracias, porque habiéndose mojado casualmente el padre Ugarte al desembarcar, se vió atacado de tan graves dolores en los muslos, piernas y piés, que no podia estar en pié ni sentado. Al desembarcar no vieron ningun indio, sino solamente una cruz plantada en la arena de la playa, y acercándose á ella se arrodillaron, la abrazaron y la besaron. Apenas acababan de hacer esto, cuando aparecieron muchos indios series, que se habian puesto en acecho y vinieron á manifestarse amigos. Estas demostraciones en aquellos bárbaros, enemigos capitales de los españoles, eran efecto de las recomendaciones del padre Salvatierra, que cuando estuvo entre ellos en 1710 les encargó que recibiesen bien los bastimentos de la California que allí abordasen, y para que pudiesen conocerlos, les advirtió que observasen si traian enarbolada la insignia de la cruz, y que si querian asegurarse mas, les presentasen á los navegantes aquel santo madero; pues si le adoraban, era indudable que venian de la California. Esta advertencia era necesaria, porque aquellos mares estaban infestados de piratas ingleses. Habiendo pues advertido los series en aquellos navegantes las expresadas contraseñas, los recibieron amigablemente, y cuando vieron al padre Ugarte á bordo de la balandra, no esperaron á que saltase en tierra para reverenciarle, sino que se echaron á nadar, y subiendo á la balandra, le abrazaron los piés, le besaron las manos y el rostro, con otras demostraciones de amor y de respeto. El padre después de haberlos acariciado y regalado, se valió de ellos para mandar una carta á un misionero del país vecino, y para que llenasen de agua los barriles de la balandra, lo cual ejecutaron con mucha diligencia y presteza.

Suplicaron al padre que fuese á una isla inmediata á visitar á los parientes que allí tenían, y él, por ganarles mas la voluntad, convino en ir, mientras le venian los víveres que habia pedido en la carta al misionero. Habiendo pues salido al dia siguiente, amanecieron en un canal muy angosto, tortuoso y lleno de bajíos, en uno de los cuales encalló la balandra, y hubiera perecido seguramente, si aquellos hombres tan prácticos en la mar no la hubieran sacado del peligro con mucha diligencia é industria. Tres dias navegaron por aquel peligroso canal, temiendo perderse á cada momento, hasta que llegaron á la isla que buscaban. Los isleños se alarmaron al principio y comenzaron á gritar fuertemente para impedir el desembarco; pero habiéndoles advertido sus paisanos desde la balandra que en ella venia un misionero á visitarlos, dejaron luego las armas, y en trece balsas pasaron cincuenta hombres al buque á saludar al padre y suplicarle que desembarcase en la isla, en la cual te-

nian una casa en que alojarle. El, aunque entonces se hallaba tan affigido de los dolores que el mas ligero movimiento le era insoportable, por darles gusto hizo que los marineros y californios le llevasen á tierra, en donde los salvajes le recibieron formados en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, y le llevaron á una cabaña de ramas con dos puertas. Allí concurrieron á reverenciarle todos los isleños, primero los hombres y después las mujeres, entrando uno por uno, inclinando la cabeza para que el padre le pusiese en ella la mano, y saliendo por la otra puerta. Después, habiéndole rodeado todos, les hizo, á pesar de sus dolores, cuantos cariños le fueron posibles, y los exhortó á que se trasladasen á la mision llamada *del Pópulo*, distante dos ó tres jornadas de la playa del continente vecino, y á que tuviesen un catequista cristiano para que instruyéndose, pudiesen ser bautizados.

Poco duró el padre Ugarte en la isla, porque le urgia volver al continente á proveerse de víveres para continuar el viaje. Se embarcó pues para allá, y no habiendo en aquella parte ningun puerto en donde poderse refugiar, fué necesario que la balandra anclase en un lugar poco seguro, por lo que una borrasca que sobrevino le hizo perder una ancla y le destruyó el árbol de proa, á pesar de ser de madera muy dura. El padre mandó el esquife á que reconociese la ruta que debian llevar, y algunos hombres por tierra á que observasen la costa. Unos y otros le informaron que no habia ningun puerto en toda aquella costa, que el país era muy estéril y falto de agua, y la marea en todas partes muy violenta; todo lo cual era conforme á las observaciones hechas en aquellos lugares por los padres Kino y Salvatierra. El esquife quedó en seco en un reflujo violento del mar, y perdió parte de su carena.

Considerando pues el padre Ugarte que no se podia sin temeridad continuar el viaje por el lado de Sonora, determinó hacerle por el de la California, y con este fin mandó recomponer los bastimentos y embarcar los víveres que se pudieron conseguir. El dia 2 de julio se hicieron á la vela, y habiendo atravesado en tres dias el golfo, que en aquella parte no tiene mas de cuarenta leguas de ancho, abordaron á la playa de la California, y aunque no habia puerto, anclaron y enviaron la canoa á tierra. Los indios habitantes de la costa se presentaron armados, y tirando una línea en la arena, amenazaron al que se atreviese á pasarla. Pero nuestros navegantes habiéndolos hecho suyos con algunos regalos y otras demostraciones de amistad, no solamente fueron bien recibidos, sino tambien recomendados con otros indios de las mismas costas, y así caminaron con seguridad por tierra casi diez leguas. Volviéndose á la balandra continuaron su viaje dirigiéndose siempre al Norte, y navegando tierra á tierra en busca de algun puerto en donde refugiarse si sobrevenia alguna borrasca. No le ha-

llaron; pero habiendo doblado un cabo, descubrieron una pequeña ensenada, en donde se creyeron resguardados del sur que entonces soplabá. Allí eran tan impetuosas las corrientes y batian la balandra tanto como si se hallase en una fuerte borrasca. El piloto deseoso de descubrir algun lugar en donde estuviere mas segura la balandra, se embarcó en la canoa con cinco marineros, y anduvo sondeando por todas partes hasta la extremidad de la ensenada. Allí desembacaron, y dejando la canoa en la arena, se dirigieron á unos salvajes que estaban al pié de una montaña, y les regalaban algunas cosas de las que con este fin habian recibido del padre Ugarte. Mientras estaban entretenidos con ellos vino una furiosa oleada acompañada de un bramido espantoso, la cual arrebatando la canoa, la estrelló contra una roca y la dividió á lo largo en dos piezas. Acudieron prontamente los seis navegantes con los salvajes á remediar aquel mal, y como no tenían ni materiales ni instrumentos, la necesidad les enseñó el modo de suplirlos. Para unir las dos piezas se valieron del cordel de la sonda y de dos clavos que le quitaron á un remo, y para calafatear la canoa usaron, en vez de estopa, del cáñamo de una gúmena, y en lugar de pez le echaron barro. Pero á pesar de su industria hacia mucha agua por la hendidura, no bastando á tajarla todos sus esfuerzos. Sin embargo, no pudiendo menos se embarcaron, y navegando aquel corto pero peligroso trecho, tomaron la balandra.

El padre Ugarte entre tanto habia despachado otros hombres en el esquife á observar la costa, los cuales habiendo navegado tierra á tierra mas de veinte leguas, no hallaron ningun puerto. Levando anclas y dirigiéndose hácia el Norte, advirtieron después de algun tiempo mucha variedad en el color del agua, pues á veces parecia cenicienta, á veces negra, y con mas frecuencia colorada, lo cual les hizo inferir que no estaban muy lejos de las bocas del rio Colorado. Entonces para evitar los bajíos que tenían en aquel lugar, se arriaron á la costa de la Pimeria. En medio del golfo, que allí es muy angosto, observaron que el agua estaba mas turbia, y cerca de la playa hallaron ocho, diez y mas brazas de agua. Al fin dieron fondo cerca de aquella boca del rio que está del lado de la Primeria, y allí vieron dos grandes avenidas que traian troncos, árboles enteros, fragmentos de cabañas y otras cosas. Los marineros luego que vieron cesar la creciente quisieron entrar en el rio; pero la prudencia del padre no se lo permitió, porque observando hácia el Norte los mismos nublados que se habian visto las dos noches anteriores, cuyas lluvias habian causado las crecientes, previó que debia venir otra, como en efecto sucedió, y en ella hubieran perecido irremediabilmente los que querian navegar en el rio. Apartándose de aquel lugar, pasaron enfrente de la primera boca del rio, y á poco dieron fondo en cuatro brazas de agua, y desde allí vieron á lo